

Guerra a la sociedad opulenta

La contracultura europea en los años 50 y 60

Iker Itoiz Cíaúrriz

Universidad Complutense de Madrid

1. Introducción

El presente trabajo busca analizar los orígenes del terrorismo de extrema izquierda durante los años setenta y ochenta. Éste se registró dentro de la llamada cuarta oleada terrorista que se puede datar entre los años setenta e inicios de los años ochenta, y vino marcada por la crisis de los modelos subversivos propios del ciclo anterior. Desde 1949, el paradigma revolucionario dominante había sido la “guerra del pueblo” maoísta, centrada en la guerra de guerrillas. Pero en las sociedades más intensamente urbanizadas florecieron modelos insurgentes alternativos como el terrorismo.

El terrorismo de extrema izquierda de los años setenta y ochenta se inscribió en la dinámica de la Guerra Fría, en su período de atenuación por efecto de la distensión Este-Oeste. Apareció a fines de los años sesenta del siglo XX por una serie de circunstancias: las ventajas tecnológicas que brindaba un fácil acceso a armas y comunicaciones más sofisticadas; unas relaciones internacionales en curso de estabilización tras haber sobrepasado el momento crucial de la Guerra Fría; la generalización en Occidente de la sociedad del bienestar con la correspondiente implantación de pautas de consumo de masas; un contexto político marcado por la consolidación de las libertades en las democracias occidentales con una mayor tolerancia institucional hacia las tendencias extremistas y, sobre todo, una aguda crisis ideológica en el seno del marxismo oficial tras la ruptura de la URSS con China y las intervenciones armadas en Berlín Oriental, Hungría y Checoslovaquia, lo que favoreció el auge cultural del inconformismo y el resurgimiento de una subcultura marxista heteróclita, inconformista y maximalista, que impregnó el movimiento de la “nueva izquierda”. En este contexto de progreso sociopolítico que dificultaba el desarrollo de la violencia de masas que había sido moneda de cambio frecuente durante el periodo de entreguerras, el terrorismo revolucionario pretendió actuar como el sustitutivo imperfecto de una revolución imposible.

El objetivo de este trabajo será analizar la emergencia de este terrorismo ideológico de extrema izquierda de los años setenta como un síntoma de la crisis social y cultural vinculada con los procesos de urbanización y secularización de las sociedades occidentales. La generación de jóvenes de la posguerra que percibía las conquistas sociales y económicas de los cincuenta y primeros sesenta como algo normal, comenzó a cuestionar la aplicación de la democracia liberal y el funcionamiento del sistema socioeconómico capitalista. Como elemento constitutivo de una subcultura universitaria marcada por el optimismo y la utopía, pero también por el inconformismo y el maximalismo, la “nueva izquierda” elaboró una crítica global al statu quo político y socio occidental donde se mezclaba de forma confusa aportaciones ideológicas de Mao, Trotsky, Gramsci, Lukács, Luxemburgo, Lenin (por su praxis revolucionaria), Sartre, McLuhan, Bloch, la Escuela de Frankfurt (Fromm, Reich, Adorno y Marcuse, por su aporte a la “contestación”) o el pensamiento social-libertario clásico, desde Proudhon a Bakunin.

2. Breve aproximación al concepto de terrorismo

El terrorismo de los años setenta y ochenta ha constituido una de las derivaciones imprevistas del intenso y duradero ciclo de protesta que aconteció en muchos de los países occidentales más desarrollados en la segunda mitad de los años sesenta y principios de los setenta, protagonizado por nuevos movimientos sociales y algunos otros grupos más tradicionales, que de este modo desafiaban a elites políticas y autoridades gubernativas (Reinares, 1998, p.75). A dichas movilizaciones subyacían importantes transformaciones socioeconómicas y un cambio generalizado de valores, desde los propiamente individualistas de la posguerra hacia otros de signo posmaterialista, los cuales favorecían la participación política por cauces no institucionales y menos convencionales que los habituales hasta entonces.

Resulta por ello fundamental, definir en primer lugar qué es el terrorismo antes de adentrarnos en el resto de aspectos. El terrorismo es un enorme problema y un objeto de estudio particularmente complejo. No hay definición consensuada y universal del terrorismo o los fenómenos terroristas. Algunos lo definen como el uso o la amenaza de uso de la violencia, una estrategia o método de combate para alcanzar determinados fines. Otros han destacado su carácter simbólico, destinado a modificar la conducta política del enemigo (E. González Calleja, 2012, p.43).

Terrorismo proviene del latín, “terrere” (que significa provocar temblor). La RAE define el terror como un miedo especialmente intenso. Terror es lo que causa los atentados pero se diferencia de un terremoto, por ejemplo, en que se basa en acción, equivale a un comportamiento intencional humano, es decir, de forma deliberada y consciente (L. de la Corte Ibáñez, 2006, pp. 39-40). Es esto lo que distingue al terrorismo de otras formas de violencia política por las perturbaciones psicológicas que provoca en los individuos o en la sociedad.

Para Calleja (2012, p. 76), el terrorismo surge por diversos motivos, podríamos encontrar una percepción de los individuos que en un determinado contexto sociopolítico, perciben la situación como injusta, rígida o represiva que marca la necesidad de una acción. Esta acción sólo ocurrirá cuando las masas pierden su papel como protagonistas de la historia apareciendo con ello el terrorismo. Por lo tanto, como bien expresa Burke (1993, p. 132) la sugerencia de que la violencia cuenta con una historia cultural puede sorprender pero resulta innegable que nace de unos determinados contextos y unas aportaciones ideológicas que resulta fundamental estudiar.

Como definición de terrorismo usaremos la que propone Luis de la Corte (2006, p.43), el cual, define el terrorismo como: “Una sucesión premeditada de actos violentos e intimidadores ejercidos sobre la población no combatiente y diseñados para influir psicológicamente sobre un número de personas muy superior al que suman sus víctimas directas y para alcanzar así algún objetivo, casi siempre de tipo político.”

Los objetivos habituales del terrorismo, según este autor (2006, pp. 49-51), serían:

1. Propaganda por el hecho: la violencia es un método ideal para “despertar las conciencias”, para comunicar y difundir mensajes e ideologías políticas o de cualquier otra clase.
2. Intimidación: la intimidación se puede usar de dos formas, contra un grupo específico de personas, grupo social, etc. que contravenga a los intereses terroristas o para polarizar las actitudes de los ciudadanos que inicialmente mantenía una postura neutral respecto al conflicto sociopolítico.
3. Provocación: forzar la situación para que el gobierno intervenga para que actúe “como un gobierno injusto, cruel y déspota.” Así la población apoyaría a los terroristas.
4. El cultivo del caos: una campaña de atentados intensa y sistemática, pero absolutamente aleatoria e indiscriminada podría generar un clima social que cabría destacar como caótico.

La Guerra de Desgaste: se basa en desgastar al adversario para crear una situación sociopolítica en la que los ciudadanos de a pie o sus responsables políticos acaben prefiriendo ceder a las demandas de los terroristas para recobrar la sensación de seguridad y poder atender mejor a otros problemas que se consideran más prioritarios o más rentables desde la política.

3. Los cambios socioeconómicos

El gran desarrollo de la economía comportó un cambio social más drástico en comparación a cómo había ocurrido con anterioridad en la historia. Por ende, en este punto tenemos que estudiar la economía y la sociedad, ambas fundamentales ya que están muy interrelacionadas, para comprender a la nueva generación frente a sus mayores.

Este periodo comienza con el final de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de un periodo de paz insólito en Europa que se desarrolló a la sombra de uno de las más catastróficas guerras en la historia europea y bajo la amenaza de un intenso rearme y de conflictos militares en las antiguas colonias europeas. Es, principalmente, el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial lo que más ayudó a todos los cambios en materia económica y social para evitar repetir los errores del pasado, es decir, buscar conseguir que la paz fuera duradera y conseguir con ello estabilidad y orden social. Fue un periodo dinámico socialmente gracias a la paz y al crecimiento económico. Además, el hecho de que Europa quedase dividida en dos zonas antagónicas provocó un cambio en las formas de relación de la sociedad con la política y viceversa.

3.1 Los cambios económicos

El énfasis maltusiano de la década de 1930 en el proteccionismo y la reducción del gasto se abandonó en favor del comercio liberalizado. En lugar de recortar sus gastos y presupuestos, los gobiernos los incrementaron. En casi todas partes existía un compromiso continuado con la inversión pública y privada a largo plazo en infraestructuras y maquinaria, las fábricas y equipos obsoletos se actualizaron o sustituyeron con la consiguiente mejora de la eficacia y de la productividad, el comercio internacional aumentó considerablemente y una población joven y con trabajo exigía y podía acceder a una gama cada vez más amplia de productos. Fue un boom económico que radico en su sincronización: llegó primero a Alemania y Gran Bretaña y sólo un poco más tarde a Francia e Italia; y se experimentó de forma distinta en función de las variaciones nacionales en cuanto a fiscalidad, gasto público o énfasis en la inversión (M. Fulbrook, 2001, pp.114-115).

Por tanto, en Europa occidental, gobiernos, empresarios y trabajadores cooperaron para formar un virtuoso círculo consistente en un alto gasto gubernamental, una imposición fiscal progresiva y unos aumentos salariales moderados. Estos objetivos ya formaban parte del amplio consenso, forjado durante y después de la guerra, sobre la necesidad de unas economías planificadas y un determinado concepto de “Estado del Bienestar”. Eran por tanto producto de las políticas del gobierno y la intención colectiva. Pero la condición que permitió su éxito sin precedentes yacía más allá del alcance directo de la acción del gobierno. El desencadenante del milagro europeo y de los cambios sociales y culturales que éste trajo consigo fue el rápido y sostenido crecimiento de la población europea.

El *baby boom* fue uno de los primeros factores más importante que se dieron en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y que favorecieron enormemente al comercio. Anteriormente, Europa había vivido otras explosiones demográficas. Pero éstas no siempre habían traído consigo un aumento sostenido de la población: ya fuera porque la agricultura tradicional no podía alimentar muchas bocas, o bien debido a las guerras y las enfermedades o al exceso de población, lo jóvenes, especialmente, que tenían que emigrar al extranjero en busca de una vida mejor. Este contexto y el marco central del desastre demográfico que supuso la Segunda Guerra Mundial, constituye el marco dentro del cual se debe interpretar el *baby boom*.

Existen muchas explicaciones de la recuperación de la fertilidad europea tras la Segunda Guerra mundial pero todo parece indicar que la coincidencia de factores como la paz, la seguridad y

cierto grado de ayuda estatal bastaron para conseguir un aumento demográfico considerable. Fue tal su magnitud que Europa se llenó de bebés y niños que en la década de los 60 y 70 convirtieron al continente en un lugar lleno de jóvenes, la mayoría entre 14 y 25 años de ahí la importancia que va a cobrar la juventud en los cambios que estamos estudiando (T. Judt, 2008, pp.484-486).

3.2 Los cambios en la sociedad

Una economía en rápido desarrollo y sostenido, unos gobiernos políticos estables y que intervienen con el Estado para intentar apaciguar las diferencias sociales y una Europa llena de gente, la mayoría de ellos jóvenes. Estos tres factores combinados provocaron una verdadera revolución en lo social que cambiaron la manera de relacionarse, los hábitos de consumo y, lo más importante, para la generación joven esta prosperidad nunca antes vista provocó una fractura entre ellos y sus mayores que habían vivido un mundo totalmente distinto.

El crecimiento acelerado de los primeros años provocó que a partir de los años 50 a la gente le sobrara dinero y lo gastase. Así nacieron los supermercados donde las familias empezaban a realizar la compra no sólo para un día sino para largo tiempo. Esto aceleró que se impusiera el frigorífico en las viviendas para poder mantener los alimentos durante más tiempo. Con el frigorífico también apareció la lavadora. Su propósito era facilitar el trabajo de la nueva ama de casa acomodada, y animarla a ampliar el abanico de sus compras.

Pero donde el virtuoso círculo de millones de recién empleados-consumidores causó el impacto más significativo no fue en el ámbito doméstico, sino fuera de él. La medida más importante de la prosperidad fue la aparición del coche familiar. Hasta la década de 1950, el automóvil constituía un artículo de lujo para la mayoría de los europeos y en muchos lugares apenas servía pasar alguno de vez en cuando. En esa época, tanto el Volkswagen Escarabajo como el Renault 4cv, el FIAT 500 y 600, el Austin A30 y el Morris Minor eran modelos pequeños, de dos puertas, pensados para el transporte familiar: baratos en cuanto a precio y mantenimiento y fáciles de reparar. Por ende, a pesar de las variaciones culturales, los pequeños coches de los cincuenta compartían un mismo propósito: hacer el automóvil más accesible y asequible a la mayoría de las familias europeas. La posibilidad de tener transporte privado junto con el creciente número de personas que disfrutaba de vacaciones pagadas llevó a un boom turístico. Los viajes de placer de la burguesía se convirtieron en turismo de masas (T. Judt, 2008, pp.494-501).

En este proceso de cambio de consumo y de hábitos, la radio y la televisión jugaron un papel verdaderamente clave y revolucionario en Europa. Hasta la década de 1960, la principal fuente de información, opinión y entretenimiento disponible para la inmensa mayoría de los europeos era la radio. A través de la radio era como la gente se enteraba de las noticias, y si existía una cultura nacional común, ésta se conformaba más a partir de lo que la gente oía que de lo que veía o leía. Durante aquellos años la radio era regulada por el Estado en todos los países europeos. Por lo general todas las familias tenían una. Ocupaban un lugar preeminente en el salón o la cocina, y la familia tenía forzosamente que escucharla reunida en torno a ella. La radio sin cable era por tanto un medio de comunicación conservador por naturaleza, tanto por sus contenidos como por los modelos sociales que fomentaba y sostenía. La llegada del transistor cambiaría todo esto. Su llegada se produjo en la década de los 60 y provocó que los adolescentes ya no tenían que sentarse junto a sus familias para escuchar las noticias y las radionovelas dirigidas a un público adulto, programadas después de la cena. Ahora tenían sus propios programas.

La televisión fue la gran novedad de la época. Su implantación en Europa fue lenta y con bastante retraso con respecto a Estados Unidos. Fue en la época de 1960 cuando la televisión llegó a casi todas partes. El impacto de la televisión fue complejo. Su contenido no era en principio especialmente innovador. La mayor parte de la programación televisiva durante las primeras décadas de existencia de este medio era convencional, acartonada y bastante paternalista, e iba dirigida a asentar y no a menoscabar las normas y valores tradicionales. Las posibilidades de elección eran pocas. Sin embargo, la televisión fue un medio de subversión social. Contribuyó enormemente a acabar con el aislamiento y la ignorancia de las comunidades más remotas, y proporcionó a todo el mundo una experiencia y cultura visual común. Ser “francés”, “alemán” u “holandés” era ahora algo que venía menos determinado por la enseñanza primaria o las

festividades nacionales que por la manera de entender un país a través de lo que uno deducía de las imágenes que entraban en las casas.

La televisión también introdujo la política nacional en los hogares. Hasta la llegada de la televisión, la política estaba reservada a una élite, dirigida por unos líderes distantes a los que sólo se conocía a través de sus incorpóreas voces emitidas por la radio, sus desvaídas fotografías en los periódicos o sus estilizadas imágenes proyectadas en los anodinos noticiarios de las salas de cine. Los líderes políticos se adaptaron rápido a la televisión y podían transmitir autoridad y confianza a la vez que aparentaban una sencillez tranquilizadora ante una audiencia multitudinaria (T. Judt, 2008, pp.505-507).

Las mejoras económicas, sociales y tecnológicas provocaron cambios en la estructura de la familia tradicional. La crisis de la familia estaba vinculada a importantes cambios en las actitudes públicas acerca de la conducta sexual, la pareja y la procreación, tanto oficial como extraoficial. Pasaron a estar permitidas cosas que hasta entonces habían estado prohibidas, no sólo por la ley o la religión, sino también por la moral consuetudinaria, las convenciones y el qué dirán. El divorcio, que fue posible gracias a la mayor renta de las familias y las ayudas estatales, los hijos ilegítimos y el auge de las familias monoparentales indicaban la crisis de la relación entre los sexos. Estos cambios que se empezaron a acentuar a lo largo de la década de los cincuenta se produjo justo en la aparición de una cultura juvenil muy potente que marcaba un profundo cambio en la relación existente (Hobsbawm, 2012, p. 325).

3.3 El nacimiento de la cultura juvenil

A finales de la década de 1950 la economía europea empezó a acusar de lleno el impacto comercial del *baby boom*. Primero se había producido la explosión comercial de los productos para bebés y niños: cochecitos de bebé, cunas, pañales, alimentación infantil, ropa, material deportivo, libros, juegos y juguetes. Luego llegó la expansión de las escuelas y los servicios educativos que traería consigo un nuevo mercado de uniformes escolares, pupitres, libros de texto, material escolar y una gama cada vez más amplia de productos educativos. Alrededor de 1957, por primera vez en la historia europea, la gente joven empezó a comprar cosas por sí misma.

Hasta aquel momento, la gente joven no había ni siquiera constituido una entidad diferenciada de consumidores. De hecho, la nueva categoría intermedia de los “adolescentes”, que definía a una generación en función de su edad y no de su estatus, no había tenido precedentes hasta el momento. La mejora económica y social de sus padres provocó que ya no fuera necesario que los jóvenes entraran directamente a trabajar para que la familia pudiera subsistir. Los jóvenes que obtenían ingresos ya fuera por sus padres o porque trabajaban utilizaba ese dinero para consumir abriendo todo un nuevo mercado de posibilidades.

En la década de los 60, Europa era un continente joven, ellos eran la mayoría de la sociedad y, por ende, un punto clave para el desarrollo de las economías de mercado. El primer punto donde se hizo notar su aparición fue en la indumentaria. Por lo general, esta se utilizó como manera de expresar su autonomía, el rechazo a la vestimenta burgués y rebeldía frente a sus mayores. Los tejanos, el cuero y el pelo largo fueron rasgos inseparables de esta nueva indumentaria de los jóvenes (Hobsbawm, 2012, p. 327-328). Pero donde verdad se hizo sentir la nueva cultura juvenil fue en la música.

La música se convirtió en el medio fundamental para expresar la voluntad de las nuevas generaciones y un gran medio para la expresión política de la juventud. El *rock and roll* desplaza pronto al jazz y adquiere una autonomía y un protagonismo decisivo, hasta el punto de ser el vehículo más característico de esa generación de las que le siguen, la expresión por antonomasia de la protesta, de la rebeldía, de las aspiraciones y de la forma de vida de una juventud que hace del inconformismo su principal bandera. Los Rolling Stones, Roxy Music, The Soft Machine, The Doors, o solistas como Jimmy Hendrix, Janis Joplin, Lou reed, o, a otro nivel, Bob Dylan o Joan Baez, fueron los mejores portavoces de lo que aquellos jóvenes soñaban y querían (J. Fontana, 2011, p. 378).

La música y la indumentaria que era muy similar en los países europeos y en Estados Unidos mostraron un rasgo de esta nueva cultura juvenil, la internalización de su cultura. El inglés de las letras de rock a menudo ni siquiera se traducía, lo que reflejaba la apabullante hegemonía cultural de los Estados Unidos en los estilos de vida populares. Su poder adquisitivo facilitó a los jóvenes el descubrimiento de señas materiales o culturales de identidad. Esto fue posible porque los jóvenes vivían en sociedades divorciadas de su pasado fruto de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial (Hobsbawm, 2012, pp.329-330). La distancia que separaba a una generación numerosa, próspera, mimada, segura de sí misma y culturalmente autónoma de la generación de sus padres, insólitamente poco numerosa, insegura, marcada por la Depresión y devastada por la guerra, era mayor que la distancia que suele haber entre distintos grupos de Edad (T. Judt, 2008, p. 575).

Además esta generación había tenido un acceso a la educación como no lo habían tenido sus progenitores nunca antes en la historia. Esto generó todo un abanico de posibilidades intelectuales, culturales y políticas. Se fue fraguando una contracultura juvenil que buscaba el rechazo del encorsetamiento burgués, la libertad absoluta, búsqueda de nuevas sensaciones y un auge del individualismo extremo (R. Núñez Florencio, 1993, p. 226).

Esta generación de jóvenes europeos va a protestar en contra del orden social establecido. No les gustaba la paz triunfalista que sus padres aceptaban, había que transformar el mundo no ser conformistas como lo eran sus padres. Además, se produjo un rechazo a los partidos tradicionales de izquierda, a los sindicatos, por participar en el poder político y económico, y de la URSS, por su represión de Polonia y Hungría. Estos jóvenes no pretendían solo cambiar las estructuras políticas, sino cambiar la sociedad, cambiar la vida misma. Había que eliminar las costumbres establecidas, despreciar la moral burguesa. Es aquí donde cobra importancia el pensamiento intelectual de autores muy diversos (Marx, Lenin, Trotsky, Luxemburgo, la Escuela de Frankfurt, etc.) para crear las condiciones ideológicas para llevar a cabo la transformación necesaria (R. Núñez Florencio, 1993, p. 227).

4. Las aportaciones ideológicas

Analizados los cambios socioeconómicos de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial debemos ahora entrar en los aportes ideológicos. La generación de jóvenes de la posguerra que percibía las conquistas sociales y económicas de los cincuenta y primeros sesenta como algo normal, comenzó a cuestionar la aplicación de la democracia liberal y el funcionamiento del sistema socioeconómico capitalista. Como elemento constitutivo de una subcultura universitaria marcada por el optimismo y la utopía, pero también por el inconformismo y el maximalismo, la “nueva izquierda” elaboró una crítica global al statu quo político y socio occidental donde se mezclaba de forma confusa aportaciones ideológicas de Mao, Trotski, Gramsci, Lukács, Luxemburg, Lenin (por su praxis revolucionaria), Sartre, McLuhan, la Escuela de Frankfurt (Fromm, Bloch, Reich, Adorno y Marcuse, por su aporte a la “contestación”) o el pensamiento social-libertario clásico, desde Proudhon a Bakunin.

La primera de las aportaciones que influyeron notablemente en la crítica y contestación de los jóvenes fue el existencialismo. Este se desarrolló a partir de la experiencia del fascismo, la ocupación y la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Su origen hay que localizarlo en la búsqueda de los motivos para las acciones sociales y políticas del individuo. Aparece una figura fundamental que es Jean Paul Sartre y su obra *El ser y la nada* publicado en 1943 reflejaba el derrumbe de los ideales y la ideología, la desesperación y la ira hacia un orden que se había mostrado incapaz de resistir al enemigo. En 1945 tras un viaje a Estados Unidos, a su regreso a París pronunció una conferencia en la universidad titulada “Existencialismo y humanismo” de gran éxito. En ella mostraba un cambio de paradigma pasando de una doctrina pesimista a una de acción y optimismo para crear un nuevo mundo (P. Watson, 2002 p.438). Sobre estos cimientos, Sartre desarrolla una conciencia de la necesidad de actuar que se ve reflejado en su obra literaria *Los caminos de la libertad* (1949). Estas ideas dieron lugar a un debate en la izquierda durante las primeras décadas de los cincuenta y sesenta. El existencialismo y la aportación de Sartre se convirtieron en el marco filosófico en el que se inició la primera generación de jóvenes de la posguerra que cuestiono

las actitudes pasivas de sus padres durante la guerra y la ocupación. Permitió a los jóvenes escapar de las visiones acrílicas y conservadoras de sus padres y maestros y de las visiones dogmáticas de los partidos comunistas (M. Fulbrook, pp.184-185).

4.1 La praxis revolucionaria: las aportaciones marxistas

Este intento de escapar de las visiones dogmáticas de los partidos comunistas ortodoxos provocó un intento de aproximación a los clásicos del marxismo (Marx, Lenin, Luxemburgo) para una nueva interpretación individual y crítica de estos autores así como la búsqueda de nuevos, como Trotski, Gramsci (redescubierto muchos años después de su muerte) o Lukács, y nuevos héroes marxistas, al hilo de la descolonización, como el Che Guevara o Mao. El hecho de acercarse a los autores de forma individual y crear su propia crítica era implícitamente una forma subversiva contra los partidos comunistas tradicionales. Si uno podía acudir directamente a los textos e interpretarlos a su voluntad, entonces la autoridad de los dirigentes comunistas se desmoronaría y, con ella, gran parte de la justificación de la política revolucionaria dominante como se entendía entonces.

El primero en ser reinterpretado fue el propio Karl Marx el ideólogo del marxismo. Marx fue redescubierto en sus escritos de juventud, cuando Marx apenas había cumplido veinte años y era un joven filósofo alemán empapado en el historicismo hegeliano y el sueño romántico de la libertad definitiva. Obras como *Manuscritos económicos y filosóficos* y de *La ideología alemana* se convirtieron en la calve de esta nueva interpretación.

En ellos, nos encontrábamos a un joven Marx que le preocupaban problemas sorprendentemente modernos: cómo transformar la conciencia “alienada” y liberar a los seres humanos de la ignorancia acerca de su verdadera condición y capacidades; cómo invertir el orden de prioridades de la sociedad capitalista y situar a los seres humanos en el centro de su propia existencia; en resumen, cómo cambiar al mundo (T. Judt, 2008, p. 588). Las quejas de un joven Marx contra la modernidad capitalista y el impacto deshumanizador de la sociedad industrial se adaptaban perfectamente a las protestas de aquel momento contra la “tolerancia represiva” de la Europa postindustrial.

El segundo autor, Lenin es cuanto menos muy controvertido. Lenin fue una de las figuras, sino, la más importante de la Revolución Rusa de 1917 que había llevado a Rusia al comunismo. Pese a ello, sus críticos decidieron incluir aportaciones suyas eludiendo sus años en el gobierno comunista y arguyendo que fue Stalin quien traicionó y acabó con la revolución comunista en Rusia. La figura de Lenin fue importante en sus aportaciones a las necesidades de organización para el triunfo de una revolución. Así, tras aprender a través de la experiencia europea que, por sí mismos, los trabajadores sólo actúan en nombre de sus “intereses sindicales”, se negó a esperar a que las condiciones objetivas maduraran y propuso en su lugar la creación de una élite de revolucionarios profesionales. Esta idea que recuerda a la jerarquización y dictadura del proletariado típica de la Unión Soviética fue interpretada con la necesidad de que hubiera intelectuales que pudieran aportar ideas de cara a la revolución pero no que fueran quienes monopolizaran o controlar la revolución a riesgo de que esto pudiera conllevar a un nuevo régimen como el de Stalin (S. Tarrow, 2012, pp.50-51).

El tercer autor, Trotsky había participado en la revolución rusa y fue uno de los personajes claves para la estabilización de la URSS. La muerte de Lenin y el ascenso de Stalin provocaron su caída y exilio siendo asesinado en 1940 por un espía soviético de origen catalán. Trotsky desarrolló una amplia labor intelectual a lo largo de toda su vida teniendo especial importancia para el futuro *La revolución permanente* (1930) y *La revolución traicionada* (1936) donde realizará sus principales aportaciones teóricas al marxismo-leninismo. Frente a la defensa del socialismo en un solo país, Trotsky defendió la revolución permanente que trascenderá a un único país para volverse internacional porque sólo triunfara la revolución cuando esta sea permanente, es decir, la nueva sociedad triunfe en todo el planeta. Su aportación a la revolución fue bastante importante para los nuevos jóvenes pero también su crítica a la Unión Soviética a la cual definirá en *La revolución traicionada* como un sistema intermedio que no podía ser calificado como capitalista pero tampoco como socialista ya que ni se habían eliminado las desigualdades sociales ni tampoco las clases

sociales, sobre todo por la preeminencia de una casta dominante que acaparaba el poder y los recursos.

Por último, en su *Programa de Transición* (1938), escrito con motivo de la Cuarta Internacional que él mismo había promovido, expresó su convencimiento de la que la madurez de las condiciones revolucionarias objetivas hace necesario ayudar a las masas a encontrar el puente entre sus reivindicaciones concretas y un programa más ambicioso que conduzca a la revolución socialista, es decir, aproximar el programa mínimo y el programa máximo del proletariado. Su crítica a la Unión Soviética y su necesidad de ayudar a las masas fueron junto a la necesidad de la revolución permanente sus aportaciones claves para esta nueva generación de jóvenes (J. de Andrés Sanz, 2010, pp.460-462).

Pese a las aportaciones de Trotsky, era imposible borrar todo su pasado en el que sí estuvo gobernando en la Unión Soviética lo que lo convertía en alguien no completamente limpio en su historial político. Esto aceleró que se redescubrieron tres autores cuyas obras habían sido escritas en momentos muy distintos a los que la nueva generación de jóvenes vivía. Estamos hablando de Rosa Luxemburgo, György Lukács y Gramsci. Su éxito residió en que sus fracasos y su análisis de lo que había ido mal les garantizaría, según creían, el éxito en un futuro próximo. Para una nueva generación de jóvenes políticamente comprometidos, los fracasos verdaderamente atractivos eran los de los líderes perdidos del comunismo europeo, los hombres y mujeres que nunca habían tenido la oportunidad de ejercer ninguna responsabilidad política en absoluto (T. Judt, 2008, p. 586). Además, todos ellos habían estado en algún momento en contra de las prácticas leninistas lo que les hacía atractivos a los jóvenes que les redescubrieron a raíz de que se editaran sus obras a principios de la década de los 60.

La primera de ellas, Rosa Luxemburgo fue una célebre socialista judío-polaca asesinada junto con Karl Liebknecht en la fallida revolución espartaquista de 1919 en Berlín. Luxemburgo se mostró muy crítica ante el revisionismo. Defendió que la huelga general como instrumento para abrir al proletariado al camino del poder. En 1913 apareció su obra principal, *La acumulación de capital* que representa una notable aportación a la crítica imperialista. Como ya comentamos, uno de sus éxitos ante los jóvenes residió en la aguda crítica que escribió sobre la teoría y práctica del bolchevismo, crítica que representó un auténtico pliego de cargos. Por último, afirmó que el socialismo no es un resultado inevitable del desarrollo histórico, sino una tendencia que aparece en el interior de tal desarrollo y que sólo puede ser llevada a la práctica mediante la acción de un proletariado organizado y responsable (G. Reale y D. Antiseri, 2010, p. 436).

El segundo autor, György Lukács fue un comunista húngaro cuyos escritos políticos de la década de 1929 ofrecieron durante un breve tiempo una alternativa a las interpretaciones comunistas oficiales de la historia y la literatura (T. Judt, 2008, p. 587). Su obra más importante de esta época, y la que más influyó en los jóvenes, *Historia y conciencia de clase* publicada en 1923. En esta obra, Lukács se propone devolver al primer plano al marxismo “ortodoxo”. En ella critica que el marxismo ortodoxo no es aceptar acríticamente los resultados de la investigación marxista como si fueran artículos de fe. La ortodoxia se refiere exclusivamente al método. Este método, el correcto para comprender la historia humana, es el método marxista, esto es, el dialéctico. En definitiva, Lukács afirma que la sociedad debe ser estudiada como un todo; no se comprenderá si se estudia algún aspecto concreto, y sólo la entenderemos si sabemos captar las profundas conexiones que vinculan dialécticamente entre sí hechos y acontecimientos. La categoría de la totalidad no elimina los elementos individuales sino que los sustrae de su aislamiento y los integra en el conjunto de la totalidad. La categoría de la totalidad es la esencia del método que Marx asumió de Hegel, reformulándolo de manera original y colocándolo en la base de una ciencia completamente nueva (G. Reale y D. Antiseri, 2010, pp.444-446).

Por último, el comunista italiano Gramsci fue el cofundador del partido comunista italiano y autor de una serie de documentos políticos publicados después de su muerte sobre marxismo e historia italiana. Fue encarcelado por los fascistas italianos en 1926 saliendo de la cárcel en 1937 y muriendo al poco tiempo por su delicada salud. Ha sido uno de los más influyentes en la configuración ideológica de la nueva izquierda por su obra *Cuadernos de la cárcel* que constituye una de las más notables reelaboraciones del marxismo tanto por su constante referencia a problemas sociales, culturales y políticos concretos, como por su intento de integrar al marxismo dentro de la

tradición italiana (G. Reale y D. Antiseri, 2010, p. 457). Gramsci comprendió que las organizaciones de vanguardia no eran suficientes para llevar adelante una revolución y que era necesario desarrollar la conciencia de los propios trabajadores, razón por la cual consideraba necesario para el movimiento de los trabajadores un “intelectual orgánico”. Gramsci consideraba que los intelectuales son necesarios para la construcción del socialismo; son los representantes de la ciencia y de la técnica. Para él, el “intelectual orgánico” tiende a identificarse con el dirigente o responsable del partido que complementa a los intelectuales tradicionales del partido. Así, siendo el partido el representante de las aspiraciones e intereses de todos los miembros se convierte en la encarnación de la voluntad colectiva revolucionaria y jacobina, es el moderno príncipe (G. Reale y D. Antiseri, 2010, p. 457)

Ambas innovaciones estaban basadas en una gran fe en el poder de la cultura. La alternativa de Gramsci a la hegemonía cultural burguesa produciría el consenso entre los trabajadores, crearía la capacidad para emprender iniciativas autónomas y tendería puentes entre ellos y hacia otras formaciones sociales. El proceso sería largo y lento, al requerir que el partido luchara dentro de las “trincheras y fortificaciones” de la sociedad burguesa, hiciera prosélitos entre los grupos no proletarios y desarrollara una política respecto a instituciones culturales a la iglesia. Su concepto de hegemonía cultural arraigo entre los nuevos jóvenes que vieron en la cultura un arma de expresión política (S. Tarrow, 2010, pp.52-53).

Por último, quedarían dos autores que inspiraron mucho a los jóvenes pero que a efectos prácticos influyeron indudablemente en los grupos terroristas posteriores. Estos serían Ernesto Che Guevara y Mao. El primero de ellos participó en la Revolución cubana de 1959 junto con Fidel Castro triunfando con su método de la guerrilla urbana que inspirará diversos movimientos terroristas en el futuro (N. O’Sullivan, 1987, p.429). Su aportación teórica resulta importante ya que conjugó su formación académica en Economía con su activismo político genuinamente internacional, predicando un mesianismo revolucionario capaz de socavar al capitalismo desde su propia base. Partidario de la lucha de guerrillas ampliada a dimensiones continentales americanas, pero también planetarias, unida a la subversión permanente, propugnaba una política radical que conmoviera a las masas mediante el ejemplo de los dirigentes, en sí una combinación de ardor revolucionario y ascesis personal, rayanos en la inmolación que pronto le advino a él mismo en Bolivia en 1967. Para él, la revolución es, además de símbolo de un movimiento continuo hacia un futuro imaginariamente mejor sobre la base de constituir la expresión objetiva de una situación dada, una especie de “estado de ánimo” particular, siempre vigilante y en acecho de los progresos que ella misma engendra entre las fuerzas contrarrevolucionarias. La figura del Che y el mito en el que se ha convertido ha inspirado a movimientos contraculturales y revolucionarios de todo el mundo como icono comercializado de un sueño (P. García Picazo, 2010, p. 127).

El segundo autor, Mao su éxito radica en el triunfo del comunismo en China tras su “Larga Marcha”. Sus aportaciones vinieron esencialmente en su explicación de las tres etapas de la guerra de guerrillas que sirvieron de inspiración a los jóvenes que más adelante decidieron aplicar la violencia. En esta teoría, Mao contempla una fase preliminar de preparación, una etapa en la cual se crea un movimiento guerrillero y se expande por una zona cada vez más amplia y, tercero, un periodo en el que la guerrilla se transforma en un ejército capaz de derrotar a las fuerzas del gobierno en una serie de batallas campales (P. Calvert, 1987, p. 58). Por último, su oposición a la Unión Soviética y a los Estados Unidos y su pervivencia y gran desarrollo, el denominado “Gran Salto hacia delante” llevó a muchos a considerar el maoísmo como una vía de emancipación de zonas del mundo sometidas a los dos imperialismos, norteamericano y soviético (P. García Picazo, 2010, p. 126).

4.2 Los aportes a la “contestación”

Un segundo grupo de autores que influyeron en la nueva generación de jóvenes fueron por sus aportes a la “contestación” al orden establecido. Aquí encontramos una amalgama de grupos muy distintos, muy ligados la mayoría al marxismo, como Sartre, Fanon, McLuhan, Bloch y la Escuela de Frankfurt (Fromm, Reich, Adorno y Marcuse).

El primero de ellos, Sartre ya hemos comentado con anterioridad su aportación pero hay que volver a él ya que en los años sesenta volverá a influir en los jóvenes y, también, a diversos grupos terroristas, como ETA, por su prólogo en la obra de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra* (1961) en el que exhortaba en la necesidad de la violencia y la guerra de guerrillas para acabar con la colonización de las potencias europeas. A su vez, Fanon también influyó en su obra mencionada al aportar como objetivo de su pensamiento lograr que la humanidad consiga un reparto del bienestar y la riqueza, es decir, igualar a una mayoría hacia arriba en vez de rebajar a todos. Propugna, con notable adelanto para su época, una reorganización de la economía internacional. En cualquier caso, Fanon cree que la violencia revolucionaria produce efectos purificadores y catárticos, y la defiende en tanto que es un virtual escenario de cambio. Así, Sartre y Fanon se convierten en figuras claves de la contestación mediante el uso de la violencia y el terrorismo que influirán en muchos grupos en el futuro (P. García Picazo, 2010, pp. 124-125).

El segundo autor, McLuhan fue muy influyente en sus aportaciones sobre los medios de comunicación en el control de las personas y en sus teorías sobre la liberación sexual de los individuos. En su obra *La Galaxia de Gutenberg* (1962) habla de la evolución de los medios de comunicación desde la escritura a la electrónica donde se ha producido “un cambio social que conduce a un auténtico aumento de la autonomía individual” (E. Haro Tecglen, 1988, p. 118). Tenemos nuestra identidad robada o apropiada por la hipnosis de la sociedad de consumo por nuestra incapacidad de entender las tecnologías. McLuhan utiliza las palabras “cálida” y “fría” para referirse a dos expresiones de la actitud humana. En la actitud “cálida” la palabra estaba enriquecida por la entonación y el gesto, por los movimientos del cuerpo y las funciones. Escuchar a una persona es superior a la imagen que se escucha con sonido (actitud “fría”). La invención de la imprenta comenzó a invertir a esta humanidad: la del hombre “aural”, “cálido” y, sobre todo, “tribal”¹.

El tercer autor, Ernst Bloch fue un autor que marxista en su teoría hemos incluido en el grupo en su aporte a la contestación por su concepto sobre la esperanza. Para Bloch la esperanza con su apasionada insistencia sobre el futuro, es para él la dimensión más auténtica del hombre. Esta teoría la desarrolló en *El principio esperanza* (3 vols., 1954, 1958, 1959). En esta obra, la esperanza no es algo secundario en la vida humana. Al contrario, se trata de lo primero y lo fundamental que tiene que aprender el hombre. El hombre vive en tensión hacia el futuro. Es lo inacabado que es susceptible de acabamiento. Ahí la esperanza, la posibilidad de que el hombre proyecta y modifica de forma consciente el mundo y así mismo, se convierte en el camino hacia la emancipación del hombre en el mundo que le rodea (G. Reale y D. Antiseri, 2010, pp.448-450).

En una obra posterior, *Understanding Media* (1964) se dirigió a los estudiantes para incitarles a vivir “profunda y míticamente” para rechazar los modelos (*patterns*) impuestos y para mantener una fe que concierne la “armonía última de los seres”. En 1968 publicó *Guerra y paz en la aldea global*² donde aparece la idea de que la evolución del hombre por fuera de él, mediante instrumentos que lo completan, eran en realidad “autoimputaciones”, puesto que iba reduciendo al mínimo el uso del cuerpo y de la mente. Profetizaba la necesidad del fin de los sexos ya que, según su análisis, inicialmente no había distinción entre hombre y mujer sino que el invento y posterior desarrollo del “oficio del hombre” había marcado la diferencia. La televisión y los medios de comunicación acentuaban esta diferenciación comercializando a la mujer. Había que acabar con la distinción de sexos para conseguir la liberación. Esta última idea fue fundamental para toda la política sexual que posteriormente llevaron los jóvenes del 68 (E. Haro Tecglen, 1988, pp.118-120).

Por último, nos queda hablar de los heterogéneos autores de la Escuela de Frankfurt. La Escuela de Frankfurt surgió del instituto para la Investigación Social fundado en Frankfurt a principios de la década de 1920. En 1931, Max Horkheimer se convirtió en director del mismo. Con él, la Escuela se caracterizó como centro de elaboración y propagación de la teoría crítica de la sociedad. La Escuela de Frankfurt, de orientación socialista y materialista, elaboró sus teorías y

¹ Otra gran palabra “tribal” para la generación de jóvenes que trataban de crear sus tribus, sus comunas, sus familias y renunciar así a las técnicas que la sociedad de consumo les imponía.

² McLuhan fue uno de los primeros en hablar de Aldea Global. Anteriormente, como bien expresa Hobsbawm (2010, p. 227) se utilizaba la expresión “Aldea Europea” cuando Europa era el centro del mundo.

desarrolló sus investigaciones a la luz de las categorías de totalidad y dialéctica: la investigación social no se disuelve en estudios especializados y sectoriales; la sociedad debe investigarse “como un todo” en las relaciones que vinculan entre sí los ámbitos económicos con los culturales y psicológicos. Y así es como se instaura el nexo entre hegelianismo, marxismo y teoría freudiana, un rasgo típico de la Escuela de Frankfurt. La teoría crítica se propone poner al descubierto las contradicciones fundamentales de la sociedad capitalista y apuesta por “un desarrollo que lleve a una sociedad sin explotación” (G. Friedman, 1986, p.237). Con la llegada de Hitler al poder, el grupo de Frankfurt se exilia primero en Ginebra, luego París y, finalmente, en Nueva York. Después de la Segunda Guerra Mundial, Marcuse, Fromm, Löwenthal y Wittfogel permanecieron en Estados Unidos mientras que Adorno, Horkheimer y Pollock regresaron a Frankfurt, donde en 1950 renació el instituto para la Investigación Social (G. Reale y D. Antiseri, 2010, p. 472).

De estos, los que influyeron en la nueva generación de jóvenes fueron Fromm, Reich, Adorno y Marcuse. Fromm, afirma que el hombre nace cuando “es arrancado de la originaria unión con la naturaleza, característica de la existencia animal.” Pero cuando se produce este acontecimiento, el hombre permanece fundamentalmente solo. En su influyente obra, *El miedo a la libertad* (1941) afirma que el hombre que se separa del mundo físico y social, el hombre que se vuelve libre y responsable de sus propios actos, de su propia elección y de sus propios pensamientos no siempre logra aceptar la carga de la libertad, cediendo entonces al “conformismo gregario”, es decir, obedece ciegamente las normas establecidas y se suma a un grupo considerando como enemigo a los demás y a los demás grupos. De este modo, el hombre que va a la búsqueda de su propia identidad sólo encuentra sucedáneos, se pierde y pierde la salud mental. Para superar este problema, en *La desobediencia como problema psicológico y moral* (1963) habla de la necesidad de la desobediencia como vínculo originario con la naturaleza convirtiéndonos en individuos. Los actos de desobediencia son los que han hecho evolucionar a la humanidad y sólo con ella lograremos la condición de la libertad (G. Reale y D. Antiseri, 2010, pp.484-485).

El segundo autor, Wilhem Reich influyó mucho en la revolución sexual que tuvo lugar. Afirmaba que la revolución social es imposible sin la revolución sexual. En su obra *La función del orgasmo* (1927) llevó tal esfuerzo por reconciliar psicoanálisis y marxismo que fue expulsado de la Sociedad Psicoanalítica y del Partido Comunista alemán. Su gran éxito que se encuentra en la obra mencionada fue en la exaltación de la libertad absoluta sobre todo lo prohibido. Desarrolló la teoría de la existencia de una fuerza llamada “orgón”, como una representación física de lo lívido que hay que liberar para lograr la ansiada revolución sexual que llevara, necesariamente, a la revolución social (E. Haro Tecglen, 1988, pp.123-124).

El tercer autor, Theodor Adorno resulta de trascendental importancia por su crítica a la cultura contemporánea. En su obra *Dialéctica negativa* (1966), Adorno rechaza la dialéctica de la síntesis y de la conciliación, y exige la dialéctica negativa, una perspectiva que descarta las pretensiones de la filosofía de captar, por la fuerza del pensamiento, la totalidad de lo real, relevando su “sentido” oculto y profundo. Sólo negando la identidad entre ser y pensar es posible desenmascarar aquellos sistemas filosóficos (idealismo, positivismo, marxismo oficial, ilustración, etc.) que “eternizan” el estado actual, prohíben cualquier cambio e intentan ocultar aquello que la dialéctica negativa sí es capaz de sacar a la luz: lo individual, lo diverso, lo marginal, lo marginado.

Adorno es un crítico duro y tenaz de la cultura contemporánea, ya que ésta está al servicio del poder en lugar de actuar como portavoz de una realidad arruinada, como es la sociedad capitalista. En la *Dialéctica de la ilustración* (1949) escrita junto con Horkheimer para combatir el tipo de razón que de Jenófanes en adelante ha pretendido racionalizar el mundo para hacerlo manipulable y sometido a la dominación del hombre; ésta es la razón instrumental: ciega ante los fines; aporta instrumentos para la consecución de fines queridos y controlados por el “sistema”. Lo mismo acontece con la industria cultural, esto es, con el potente aparato constituido esencialmente por los medios de comunicación de masas (cine, televisión, radio, discos, publicidad, revistas, etc.) por cuyo medio el poder impone valores y modelos de comportamiento, crea necesidades y establece el lenguaje. Sólo con la dialéctica, como había expresado Adorno en la obra mencionada anteriormente, el hombre podrá contestar y descubrir la verdad del mundo que lo rodea (G. Reale y D. Antiseri, 2010, pp.474-477).

El último de los autores de la Escuela de Frankfurt que vamos a tratar es Herbert Marcuse, con diferencia, el más importante de todos ellos. Su aportación a la filosofía política es clara con obras tan importantes como *El hombre unidimensional* (1964), el ensayo acerca de la *Tolerancia represiva* (1965) y *Un ensayo acerca de la liberación* (1969). Junto a estas, sus no menos significativas obras como *Eros y civilización* (1955) y *El marxismo soviético* (1958) junto con *El hombre unidimensional* suponen tres críticas a la democracia burguesa, el nazismo y el comunismo soviético (M. H. Lessnoff, 2011, pp.52-53).

De las tres críticas mencionadas las que le dio la popularidad fue la crítica que realiza a la democracia burguesa en *El hombre unidimensional*. En ella, el hombre unidimensional es el hombre que vive en una sociedad unidimensional, sociedad justificada y estructurada según una filosofía unidimensional. La sociedad unidimensional es una sociedad sin oposición, esto es, una sociedad que ha congelado la crítica mediante el establecimiento de un control total (M. H. Lessnoff, 2011, p. 55). Marcuse propone la total oposición a este sistema y justifica la necesidad de la violencia revolucionaria que, aunque pueda ser inhumana, está justificada para conseguir una sociedad mejor (J. Taberner Guasp y C. Rojas Moreno, 1985, p. 16). Por último, realizo de manera importante una aportación tanto al movimiento ecologista como al movimiento LGTB. Con respecto al primero, Marcuse se queja no sólo de la dominación a la que está sometido el ser humano sino también de la ferocidad con la que actúa contra la naturaleza alegando que hay que lograr pacificar la relación del hombre con la naturaleza para evitar la destrucción de esta (M. H. Lessnoff, 2011, pp. 64-65). En cuanto al movimiento LGTB, Marcuse escribe una crítica a la sexualidad instrumentalizada de cómo la sexualidad ha sido dominada y controlada por la sociedad para conseguir un objetivo de procreación y no de disfrute mediante la perversión de formas ajenas a ésta. Supuso la sujeción del principio del placer por el principio de realidad. Justifica la necesidad (M. H. Lessnoff, 2011, pp. 68-69).

4.3 El pensamiento socio-libertario clásico: de Proudhoun a Bakunin

El pensamiento anarquista tuvo influencia en los jóvenes de estos años pero no necesariamente porque asumieran en su totalidad el pensamiento anarquista clásico o retomaran a sus autores tal cual sino que van a aplicar en sus conductas y hábitos conceptos sacados de la teoría anarquista de la liberación total del hombre oprimido. Para las generaciones del mayo del 68 el individualismo extremo suponía una manera de salir de la opresión que la sociedad te obligaba. El individualismo como afirmación del derecho de cada persona a la máxima libertad individual y a expresar sin cortapisas sus deseos autónomas, así como a que éstos sean respetados e institucionalizados por la sociedad en su conjunto, se expresó en frases y lemas como “Prohibido prohibir”, “haz lo que quieras” que suponían una manera de interpretación de este anarquismo libertario clásico (T. Judt, 2010, p. 91).

La revolución sexual con la búsqueda del placer y no de la procreación instrumentalizada en la que los individuos podían actuar libremente ajenos al orden social supone la máxima expresión de este anarquismo que tanto atemorizo a sus padres (R. Núñez Florencio, 1993, p. 225). La revolución sexual penetra en su pensamiento revolucionario en la medida en el que consideran que no puede haber liberación política sin liberación social y para ello era necesario primero una liberación personal, individual, es decir, anarquista (R. Núñez Florencio, 1993, p. 227).

Una vez que el mayo del 68 estalló, el anarquismo tomo un objetivo y un espíritu esencialmente inmediato que consistía en la eliminación y la humillación de la autoridad que se inscribía en el pensamiento de Bakunin de que había que primero acabar con el Estado para conseguir la sociedad anarquista, es decir, completamente libre (T. Judt, 2008, p. 597). En definitiva el corpus ideológico que aportó el pensamiento socio-libertario está muy ligado a un individualismo extremo, de libertad personal total, de aportaciones confusas que dependiendo en su ámbito de actuación (revolución sexual, política, etc.) tenía connotaciones muy distintas.

5. Conclusiones: el 68 y el terrorismo

En el presente trabajo hemos estudiado en qué medida se fue conformado la generación de jóvenes que protagonizaron el 68 estudiando, por un lado, los cambios socioeconómicos y, por otro, las aportaciones ideológicas que conformaron su ideología. El mayo del 68 supuso el despertar del sueño en el que la sociedad había caído del progreso ilimitado y de la paz social. Demostró como la revolución en un país industrial avanzado era posible en condiciones de paz, prosperidad y aparente estabilidad política (Hobsbawm, 2014, p. 182). La revolución no triunfó. Se discute mucho sobre si en algún momento hubo alguna posibilidad de que triunfara pero lo cierto es que impacto profundamente en la conciencia colectiva y muchas de sus propuestas han ido llegando a lo largo de los años. En gran medida, 1968 fue un conflicto generacional sobre valores, ideas y memorias. Pero 1968 fue también un conflicto sobre el acceso de la primera generación de europeos de la posguerra a las instituciones culturales y políticas (M. Fulbrook, 2001, p. 193).

Pero en el presente trabajo el objetivo es si, a partir de todo lo que hemos estudiado, el mayo de 68 influyó en la aparición de diferentes grupos terroristas a lo largo de los años setenta y ochenta. En un contexto de progreso sociopolítico que dificultaba el desarrollo de las violencias de masas que habían sido moneda frecuente durante el periodo de entreguerras, el terrorismo revolucionario pretendió actuar como el sustitutivo imperfecto de una revolución imposible. El fracaso de las movilizaciones estudiantiles crearon cierta sensación de impotencia para algunas personas que decidieron que había que organizarse, actuar en pequeños grupos secretos de vanguardia en las grandes urbes, donde la dificultad impuesta por la proximidad y la rápida intervención de las fuerzas gubernamentales se equilibran con las grandes posibilidades revolucionarias que ofrecía el actuar en el anonimato de la gran masa.

Tres son las características que engloban a este terrorismo occidental. En primer lugar, la extrema izquierda occidental pretendió dar a este tipo de violencia un valor estratégico central y exclusivo. Por encima de todo, estos grupos creían en la primacía de la acción y en la influencia liberadora de la violencia. No deja de ser importante resaltar como autores como Sartre, Fanon, Marcuse, etc., que habían sido claves para la configuración intelectual de la nueva izquierda y del mayo del 68 influyeran notablemente con sus ideas en estos grupos terroristas dada la importancia que le daba a la acción. La segunda era su exiguo apoyo y su limitada extracción social, reducida en su mayor parte a grupúsculos universitarios y obreros de tono radical que surgieron cuando los movimientos de contestación de la nueva izquierda habían fallado en su acción reivindicativa. El mayo del 68 en los países occidentales tuvo, en principio, un matiz pacifista hasta que se fue radicalizando violentamente con la aparición de estos grupos terroristas, como ocurrió en Alemania o Italia en sus 68. Por último, estos grupos terroristas de la izquierda radical tenían un concepto global de la lucha revolucionaria que les impulsaba a intervenir más allá de las fronteras de sus países de origen en acciones violentas de carácter internacional, transnacional o plurinacional (E. González Calleja, 2013, pp.381-382).

El terrorismo de extrema izquierda actuaba contra regímenes democráticos firmemente establecidos y con libertades reales, pero con unos mecanismos coercitivos más poderosos, complejos y sofisticados que sus homólogos de la preguerra. Ello les indujo a tratar de imitar a su manera esta eficacia tecnocrática y a organizarse en un entramado clandestino fuertemente centralizado, colocado fuera del alcance represivo de los gobiernos afectados y encargados de elaborar la estrategia general de lucha.

En conclusión, los integrantes de estos grupos terroristas se inscriben claramente en la dinámica de cambio que habían sufridos las sociedades occidentales durante las primeras décadas de la posguerra. Su adaptación a las nuevas realidades del Estado, así como a las grandes urbes que habían crecido considerablemente gracias a la emigración del campo a la ciudad por las mejores condiciones que esta aportaba por el crecimiento continuado. Su corpus ideológico bebe del pensamiento que había fraguado en la cultura juvenil rebelde y reivindicativa de los años 60 y fueron en general su gran aportación ideológica para configurar sus grupos terroristas.

Aunque el mayo del 68 no se propuso o no busco crear grupos terroristas en las sociedades occidentales, su relativo fracaso y la impotencia que generó en algunos grupos de la nueva izquierda marca una clara relación entre el mayo del 68 y sus aspiraciones y los grupos terroristas que

surgieron al calor de ella. Por tanto, existe una interrelación clara entre todos estos factores que hemos estudiado, la política, la sociedad, la economía y la cultura en la aparición de estos grupos que afectaron a la vida política de diferentes países durante los años setenta y ochenta del siglo XX.

Bibliografía

- Andrés Sanz, J. de: “Totalitarismo (II): el comunismo marxista-leninista” en González Cuevas, P. y Martínez Arancón, A. (Coords.): *Ideas y formas políticas: del triunfo del absolutismo a la posmodernidad*, Madrid: Editorial UNED, 2010.
- Burke, P.: *¿Qué es la historia cultural?*, Madrid: Alianza editorial, 1993.
- Corte Ibáñez, L. de la: *La lógica del terrorismo*, Madrid: Alianza Editorial, 2006.
- Fontana, J.: *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona: Pasado & Presente, 2011.
- Friedman, G.: *La filosofía política de la escuela de Frankfurt*, México: Fondo de cultura económico, 1986.
- Fullbrook, M.: *Historia de Europa Oxford. Europa desde 1945*, Barcelona: Crítica, 2001.
- García Picazo, P.: *Teoría breve de las relaciones internacionales*, Madrid: Tecnos, 2010.
- González Calleja, E.: *El laboratorio del miedo: una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qaeda*, Barcelona: Crítica, 2012.
- H. Lessnoff, M.: *La filosofía política del siglo XX*, Madrid: Akal, 2011.
- Haro Tecglen, E.: *El 68. Las revoluciones imaginarias*, Madrid: El País-Aguilar, 1988.
- Hobsbawm, E.: *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona: Crítica, 2013.
- Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2012.
- Hobsbawm, E.: *Sobre la historia*, Barcelona: Crítica, 2010.
- Judt, T.: *Algo Va mal*, Madrid: Taurus, 2010.
- Judt, T.: *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid: Taurus, 2008.
- Núñez Florencio, R.: *Sociedad y Política en el siglo XX. Viejos y nuevos movimientos sociales*, Madrid: Síntesis, 1993.
- O’Sullivan, N.: *Terrorismo, ideología y revolución*, Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- Reale, G. y Antiseri, D.: *Historia de la filosofía III. Del romanticismo a nuestros días. Tomo 2. De Nietzsche a la escuela de Frankfurt*. (tres tomos), Barcelona: Herder, 2010.
- Reinares, F.: *Terrorismo y antiterrorismo*, Barcelona: Paidós, 1998.
- Taberner Guasp, J. y Roja Moreno, C.: *Marcuse, Fromm, Reich: El freudomarxismo*, Madrid: Editorial Cincel, 1985.
- Tarrow, S.: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza Editorial, 2012.
- Watson, P.: *Historia intelectual del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2002.